

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL  
NÚMERO DE PRUEBA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
PASEO DE GRACIA, 130-BARCELONA



CON el título de CRISTIANDAD como nombre y como bandera, se dispone esta revista a presentarse en el campo de las publicaciones católicas con características bien definidas. Ellas se indican ya al exponer la razón de su título. Se irán definiendo más todavía al salir a la luz sus primeros números.

Casi sin excepción, cuando una revista aparece, viene a llenar algo tan fríamente geométrico como debe ser lo que se ha dado en llamar un vacío. CRISTIANDAD, *más que a llenar un vacío, viene a crearlo y hacerlo sentir.*

Viene, en primer lugar, a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas aquellas cuestiones fundamentales que, poco a poco, se han ido apartando de la zona de sus preocupaciones, y especialmente por los problemas que afectan directa o indirectamente al perfeccionamiento y a la existencia misma de la sociedad.

Pero, sobre todo, frente a la inconsciencia o el pesimismo provocados por la magnitud de los males presentes, CRISTIANDAD, sin disimular el peligro ni cerrar los ojos ante él, viene a fomentar la esperanza y a levantar los corazones, proyectando la historia, y por tanto el momento que vivimos, en la esfera superior del plan de Dios.

Como anticipo y muestra de lo que será, Dios mediante, CRISTIANDAD, presentamos hoy este ejemplar. Por él se verá que no pretende descubrir una doctrina nueva, ni sentar cátedra alguna, sino simplemente proponer y divulgar las enseñanzas de la Iglesia, de sus Romanos Pontífices, y de sus Doctores, manantial inagotable de eterna salud.

Una en su doctrina, múltiple en sus aplicaciones, todas las manifestaciones del espíritu humano tendrán cabida en sus páginas, ordenadas siempre a aquel ideal superior.

Como el lector podrá ver en este número, CRISTIANDAD no viene a ser una revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho, ni menos una revista política. Será, en cambio, una revista «social» en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la sociedad civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también una revista «religiosa», porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social. Y todo ello encaminado a llevar a la mente y al corazón de sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el Reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su divino Corazón, encontrará la sociedad el remedio de los gravísimos males que actualmente la afligen y amenazan.



## Ideas al voleo

En el número de prueba que tienes en la mano, lector amigo, lo de menos son los artículos que lo componen. Ninguna razón especial se ha tenido en cuenta para su selección. Ninguno de ellos perseguía otro propósito que el de ser una muestra de otros tantos que hubieran podido sustituirle, y, por lo tanto, carecía de más significación individual que la que hubiera tenido cualquier otro de esta innumerable serie.

Ninguno de ellos pretende ser el "artículo perfecto", sino, modestamente, el "artículo cualquiera", el artículo "N"; de la misma manera que este número de prueba no se ofrece como el "número perfecto", sino como el "número cualquiera", el número "N".

Y sin embargo, lo que no pretende cada artículo ni cada número lo pretende su total: la revista CRISTIANDAD cree, sinceramente, que puede llegar a ser la revista perfecta.

¿Cómo es esto?

No se funda esta ambición en jactancia ninguna, sino todo lo contrario. Si tanto se atreve a esperar es porque, renunciando de antemano a toda opinión propia, no intenta otra cosa que exponer las doctrinas de quienes por ellas han brillado en la Iglesia; y en particular las de su Jerarquía.

En las páginas que anteceden se ha expuesto ya el intento de CRISTIANDAD: escudriñar, bajo el transcurrir de la Historia, la mano segura de la Providencia; escudriñar, a la luz del Vaticano, la escondida presencia de Jesucristo en medio de las tinieblas en que vivimos...

• • •

Pero volvamos a nuestro objeto, ciertamente al alcance de tu mano y de la mía: puesto que no es otro que este número de prueba que en ella tenemos, y en el que lo de menos son los artículos que lo componen.

Descollando sobre ellos como sobre un fondo, se notan una serie de títulos, tesis, temas posibles, principios de artículo, interrogaciones, planteo de problemas... Ideas al voleo, no es otra su misión que la de sugerir las infinitas rutas por las que, de ahora en adelante, esperamos avanzar juntos.

Muchos caminos y un solo término; muchos trabajos y un solo Ideal; muchas cuestiones y un solo Maestro.

De esta unidad elevada espera CRISTIANDAD alcanzar la densidad que ambiciona; y esta unidad no es limitativa, al contrario: necesita la mayor variedad de contenido, puesto que es una exigencia de totalidad.

Totalidad extensiva, totalidad intensiva: he ahí uno de los caracteres del Ideal en que soñamos; a saber: una ordenación del Mundo en la que todos sus elementos estén completamente impregnados de la doctrina e influjo de Jesucristo.

• • •

¿... Y este número, al alcance de tu mano y la mía?

Imponerle un orden hubiera sido fácil, de haber sido un orden meramente mecánico; pero esto no nos satisface. Preferimos aquel cierto desorden, aquella indeterminación de partes que son propias de todo germen.

Sin embargo, todo germen tiene unas leyes esenciales que deben presidir su desarrollo; he aquí las líneas generales según las cuales piensa desarrollarse CRISTIANDAD.

Cuatro Secciones las señalan, tomando la palabra "sección" en sentido muy amplio:

La primera, de Artículos, tendrá por epígrafe una frase que sintetiza nuestro empeño: "Plura ut Unum".

La segunda, invitación para el diálogo a nuestros amigos, no recibiría un mal título si se apellidase: "A guisa de tertulia".

Encargada especialmente la tercera de hacer revivir, para las necesidades presentes, los recuerdos, el pensamiento y el verbo de los insignes escritores cuya doctrina es el tesoro común de la Iglesia, irá encabezada con esta frase de resonancia evangélica: Del Tesoro perenne: "Nova et Vétéra". Sus riquezas más valiosas se encontrarán en "La voz del Papado".

Finalmente, la cuarta, con el título general "A la Luz del Vaticano", intentará presentar y observar el curso de los acontecimientos y de las ideas que impregnan el ambiente de nuestros días.

• • •

Pero dejemos al futuro la tarea de explicarse a sí mismo, y volvamos, lector amigo, a nuestro modesto número de prueba.

Volvamos a él con la alegría que preside toda siembra; lancemos, con amplitud de gesto, ideas al voleo, esperando que, con la gracia de Dios, cada una encontrará su surco y germinará en él...



# El buen pastor da su vida por las ovejas

(Jn., X, 11)

## Edifiquemos la Casa del Señor

Amados diocesanos: Edifiquemos la Casa del Señor, casa de oración, pararrayos de la ira divina, lugar santo y santificador, donde Dios nos oye y bendice, nos sana y alimenta, casa nuestra soberanamente amable, nave que nos lleva con seguridad a través del Océano de la vida, aprisco seguro y dehesa de pastos deliciosos, puerta del Cielo.

Edifiquemos la Casa del Señor, el Palacio de Jesús... El dinero, que deis para ello, será un préstamo hecho al mismo Dios, que os lo devolverá con usura. Y así contribuiréis a la gloria del Señor y al bien de las almas, cerrando para muchas de ellas las puertas del infierno y abriendo las del Paraíso. Y daréis trabajo al obrero y fomentaréis las artes y acrecentaréis el bien de la Sociedad.

Derribar los templos es de bárbaros, profanarlos de impíos, olvidarlos de ingratos; pero de los buenos cristianos es respetarlos y amarlos, de los generosos edificarlos y embellecerlos. Y mientras un pueblo levanta la Casa del Señor, el Señor le bendice.



Excmo. Dr. D. Manuel Irurita Almandoz, Obispo de Lérida y Barcelona.

1927 - 1936

## Santificación de la Fiesta

Cuando un pueblo se junta en el templo para bendecir a Dios, Dios le bendice y prospera.

Santificad el domingo, el día de fiesta. Es el día del Señor; día santo por las gracias que Dios nos otorga, especialmente en ese día, y por las obras de piedad y de caridad que en ese día especialmente practican los fieles. Es el día del Señor; no se lo arrebatéis.

El que no santifica el día festivo, menos santificará los días de trabajo; el que no ora en el templo, tampoco orará en casa; el que no aprende las cosas de religión de labios del sacerdote, tampoco las aprenderá en los libros; vivirá en la ignorancia y en la indiferencia religiosa, olvidado de su alma y olvidado de su Dios.

No trabajéis en él sin necesidad, sin permiso de vuestro legítimo Pastor. Y si la codicia os tienta, y queréis trabajar para ganar más y acrecentar vuestro capital, acordaos de lo que solía decir el Santo Cura de Ars: «Yo conozco dos medios seguros para hacerse pobre: trabajar el domingo y robar».

## CRUZADA DE CARIDAD - NAVIDAD

La alegría cristiana, propia de las fiestas de Navidad, no ha de ser exclusiva de los afortunados, sino que debe extenderse a todos, en alas de la caridad, pues para todos anunciaron los ángeles el gran gozo del Nacimiento del Salvador y cantaron sobre la cuna de Belén: Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad.

Jesús nació pobre, para vivir pobremente y morir desnudo, en una Cruz. Los pastores vinieron en su socorro con sus sencillos dones, y después, los Reyes Magos, con sus ricas ofrendas; y durante su vida pública no faltaron almas generosas que le socorrieron en sus necesidades. ¿Quién de nosotros, si hubiésemos vi-

vido entonces, no habiéramos corrido en socorro de la pobreza de Cristo? Para satisfacer este deseo, Jesús ha querido perpetuarse con los pobres y nos ha dicho: «Lo que hacéis a uno de estos pequeñuelos míos, a Mí me lo hacéis».

Acordémonos de los pobres de Cristo en estos días de Navidad, de los obreros sin trabajo, de los indigentes, de los niños que piden pan; dividamos con ellos las dádivas de la Providencia. Démosles el pan material, que acalla el hambre, y el pan espiritual, bajado de Jesús, único alimento que da hartura y contentamiento completo al alma.

# La verdadera unidad y la verdadera grandeza de España

Menéndez y Pelayo

Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y ferroz independenciamiento, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costumbres, nos lleva a la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares; siembra en las mallas de esa red colonias y municipios, reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; nos da la unidad de lengua, mezcla la sangre latina con la nuestra; confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros adoradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los hexámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

**Sólo en la Cristiandad se pueden dar aquellas virtudes cívicas y sociales que son la base de una verdadera civilización**

**Dado el estado presente del hombre, sin la gracia sobrenatural que nos viene por Jesucristo, no pueden formarse en el hombre estas virtudes**

**Entre estas virtudes sobrenaturales, la radical es la justicia**

**La virtud de la justicia es insuficiente para la perfección social si no está corroborada por amor sobrenatural de caridad**

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos del mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ver visible sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico, que él establece con sus hermanos; y consagra, con el óleo de justicia, la potestad que él delega para el bien de la comunidad; y rodea, con el cingulo de la fortaleza, al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño, ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojar con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Esta unidad se la dió a España el Cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de

sus Concilios. Por ello fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores: la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos: la regaron con su sangre el Diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano Código los Padres de Iliberis; brilló en Nicea y en Sardis sobre la frente de Osio y en Roma sobre la frente de San Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó a los suevos, hizo de los visigodos la primera nación del Occidente; escribió en las *Etimologías* la primera enciclopedia; inundó de escuelas los atrios de nuestros templos; comenzó a levantar entre los despojos de la antigua doctrina el alcázar de la ciencia escolástica, por manos de Liciano, de Tajón y de San Isidoro; borró en el *Fuero Juzgo* la inicua ley de razas; llamó al pueblo a *asentir* a las deliberaciones conciliares; dió el jugo de sus pechos, que infunden eterna y santa fortaleza, a los restauradores del Norte y a los mártires del Mediodía, a San Eulogio y Alvaro Cordobés, a Pelayo y a Omar-Ben-Hafsun; mandó a Teodulfo, a Claudio y a Prudencio a civilizar la Francia carlovingia; dió maestros a Gerberto; amparó bajo el manto prelaticio del Arzobispo don Raimundo y bajo la púrpura del emperador Alfonso VII, a la ciencia semítico-española... ¿Quién contará todos los beneficios de vida social que a esa unidad debimos, si no hay en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuente voz de algún santuario en ruinas? Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos *unos*, fué por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de aberraciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles, a pesar de los renegados y de los *muladies*. El sentimiento de patria es moderno: no hay patria en aquellos siglos, no la hay en rigor hasta el Renacimiento; pero hay una fe, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una liturgia, una cruzada eterna, y una legión de Santos que combate por nosotros, desde Causegadia hasta Almería, desde el Muradal hasta la Higuera.

**La santificación de las fiestas. Un problema religioso de importancia social**

Dios nos concedió la victoria, y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamas-

tor, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fué a prender en tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastantes para derrocar los muros al son de las trompetas, o para atajar al sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guardados de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentes; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bátavas, con la espada en la boca y el agua a la cinta, y el entregar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas.

A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso, y sale a la superficie, cada día con más pujanza. Todo elemento de fuerza intelectual se pierde en infecunda soledad, o sólo aprovecha para el mal. No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional, ni, a duras penas, arte y literatura propias. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otras partes vemos aclamado. Somos incrédulos por moda y por parecer hombres de mucha fortaleza intelectual. Cuando nos ponemos a racionalistas o a positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo estrafalario y en lo grotesco. No hay doctrina que arraigue aquí: todas nacen y mueren entre cuatro paredes, sin más

### **El reinado social de Jesucristo, fórmula definitiva de una perfecta Cristiandad**

#### **El R. S. de J. C. y la maternidad de la Iglesia**

«El reinado social de Jesucristo es reinado de verdad, de justicia, de caridad y de paz.» (Pío XII)

#### **La virtud cristiana de la humildad, fundamento de la civilización cristiana**

efecto que avivar estériles y enervadoras vanidades, y servir de pábulo a dos o tres discusiones pedantes. Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades; y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque (a no estar dementado como los sofistas de cátedra) el español que ha dejado de ser católico, es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo. De esta escuela utilitaria suelen salir los aventureros políticos y económicos, los arbitristas y regeneradores de la Hacienda, y los salteadores literarios de la baja prensa, que, en España, como en todas partes, es un cenagal fétido y pestilente. Sólo algún aumento de riqueza, algún adelanto material, nos indica a veces que estamos en Europa, y que seguimos, aunque a remolque, el movimiento general.

No sigamos en estas amargas reflexiones. Contribuir a desalentar a su madre, es ciertamente obra impía, en que yo no pondré las manos. ¿Será cierto, como algunos benévolamente afirman, que la masa de nuestro pueblo está sana, y que sólo la hez es la que sale a la superficie? ¡Ojalá sea verdad! Por mi parte, prefiero creerlo, sin escudriñar mucho. Los esfuerzos de nuestras guerras civiles no prueban, ciertamente, falta de virilidad en la raza: lo futuro, ¿quién lo sabe? No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan los mismos, por lo menos en las últimas es-

### **Sin humildad social no se concibe la existencia de una legítima y salvadora sociedad de Naciones**

feras sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo, y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron; aún puede esperarse su regeneración; aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor, y acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su Oriente.

(De la «Historia de los Heterodoxos Españoles».)

### **Pecados que claman venganza a Dios**

Homicidio voluntario.  
Pecado impuro contra naturaleza.  
Opresión del pobre.  
Defraudar el jornal al trabajador.

(Catecismo de Pío X)

- Oporto y Fátima •
- La primacía de la contemplación •
- La penitencia como expiación social •
- Perfección y felicidad (un problema a la vez místico y social) •
- El apostolado seglar de los terciarios en el medioevo •
- Valor educativo de la liturgia •
- Paray-le-Monial y Port-Royal •
- El destino de Israel •
- La Encíclica Aeterni Patris •
- El «Criterio» de Balmes, código de la sensatez •
- El centenario de la fundación del Apostolado de la Oración •
- La cronología bíblica y los progresos de la Historia Antigua •
- José de Maistre y Donoso Cortés •
- Retrato histórico y retrato profético de Jesucristo •
- El modernismo •

## LA INMACULADA CONCEPCIÓN, ESPERANZA DE LA CRISTIANDAD

E. Ramière, S. J.

(Fragmentos de la obra «Les Espérances de l'Eglise»)

Pío IX, Vicario de Jesucristo, con el aplauso unánime del mundo católico, rodeado del Episcopado que, como nunca, aparecía íntimamente unido y dócilmente sumiso a su Cabeza, otorgó este triunfo magnífico a María, que proyectó un brillo incomparable sobre las prerrogativas del Pontificado y sobre las perspectivas de la Iglesia.

Y entonces, en nombre de esta misma santa Iglesia de la que es a la vez intérprete y doctor, después de enseñarle con infalible autoridad lo que precisa creer con respecto a la Concepción de María, expresó con las siguientes consoladoras palabras lo que le es dado esperar como resultado del triunfo otorgado a su augusta Reina: *Confiamos, con centésima esperanza y absoluta fe, que la bienaventurada Virgen quiera hacer que la Santa Madre Iglesia, libre ya de dificultades y victoriosa de todo error, florezca en todas las naciones, para que las almas erradas vuelvan a la senda de la verdad, y se haga un solo rebaño y un solo Pastor.*

Mas, ¿qué relación habrá entre la definición de un dogma que sólo interesa a la piedad de una selección, y el triunfo de la Iglesia por medio de la conversión del universo?

En primer lugar, podemos aducir el sentimiento unánime de esta multitud de almas sencillas y despreciables, según el mundo, que forman la parte principal y, sobre todo, la parte más selecta del cuerpo de la Iglesia.

Tenemos también la eficacia de la mediación de María. Se ha dicho que así como Jesucristo vino al mundo por la Santísima Virgen, también por Ella deberá reinar en el mismo. Efectivamente, Dios, que gusta de hacer el honor a sus criaturas de que colaboren con El en todas sus obras, quiso que la Humanidad no permaneciera extraña a la más divina de todas y de la que le provendría su salvación; y fué María, pura por excepción entre nuestra raza culpable, la que proporcionó a Dios esta colaboración tan gloriosa para ella y para nosotros. Fué la humana mediadora en la concepción del divino Mediador. Tal es su misión y, al mismo tiempo, la explicación de sus incomparables prerrogativas.

Mas esta misión de su Madre, no se limitará al nacimiento del Verbo encarnado; proseguirá, no tan sólo durante la vida mortal del divino Salvador, sino también en todas las fases de esta segunda existencia por la que vive en la Iglesia y que empieza al terminar

**Refutando a Wells: otro aspecto del materialismo moderno**

**«Nuestro siglo está embotado por la duda y el pesimismo» (Torras y Bages)**

**El tecnicismo moderno ¿obliga a poner un cuarto término a la división tripartita de la justicia?**

**En el cuarto centenario del Cenit español**

**El poder de la razón y el concilio Vaticano**

**El martirio en la jerarquía del Amor**

**Arte e Ideal**

**«La idea de Infinito es la central en arte» (Torras y Bages)**

**Poesía de las Catacumbas**

**Peristéfanon o la corona de los mártires**

**Poesía sentimental y poesía vigorosa**

**Paul Claudel, como poeta cristiano**

**La autoridad de la Jerarquía Eclesiástica fué freno del despotismo**

**La corrupción del clero, efecto del despotismo**

**Erasmus y Voltaire**

**El «Misterio de iniquidad»**

**La apostasía de las naciones**

**Calvino, Cromwell y Rousseau**

**La apologética de Chateaubriand**

su vida mortal. Es más: aun antes de nacer, María se nos muestra como la mediadora por la que el Salvador debía revelarse y darse al mundo.

Recordemos la promesa que rehabilitó, después de su caída, a nuestro primer padre, y en virtud de la cual el mundo antiguo ha podido participar de los frutos de la Redención futura. Y al llegar al cumplimiento de la promesa, al realizarse en el tiempo la obra divina, siempre y en todas partes veremos a María preceder y abrir paso a Jesús. Entre sus brazos se mostró a los pastores, primicias de la Iglesia de los judíos, como a los magos, primicias de la de los gentiles. Apóstol de los Apóstoles y Evangelista de los Evangelistas, ella reveló por su medio a la Iglesia entera las circunstancias de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios. Cuando este divino Salvador deberá, con su sangre, poner el último sello a su alianza, María estará allí para testimoniar tal alianza en nombre de la Humanidad, y recibirá esta sangre y agua salidas del Corazón entreabierto de Jesús, que, según los Santos Padres, han sido como las fuentes de vida de la Iglesia. Su seno será, pues, la tierra bendita que, luego de recibir el grano de trigo destruído por la muerte, lo hará renacer centuplicado; será, finalmente, el paraíso terrenal en donde será formada la esposa del nuevo Adán, sacada, como la primera Eva, del costado de su esposo, adormecido con misterioso sueño. Y cuando, más adelante, esta Iglesia, concebida en el Calvario, nazca en el Cenáculo y reciba el Espíritu de Vida en su plenitud, será también por las plegarias e intercesión de María que este Espíritu se derramará sobre ella.

¿No es todo ello suficiente para establecer los derechos de María al título de Corredentora que la Iglesia siempre le dispensó? ¿Va a extrañarnos que, después de recibir de esta misericordiosa Medianera a Jesucristo, autor de su vida, y al divino Espíritu que es de ella principio, la Iglesia haya siempre reconocido con tanta confianza su patronato?

La economía de la Providencia es siempre la misma: Jesús mostrándose al mundo en brazos de María.

Y en la actualidad, ¿qué queda por hacer? Completar la Redención por la realización de todos sus fru-

tos, con la plena manifestación de Jesús al mundo, disipando todas las nubes que ocultan aún a la vista de los hombres la belleza de su divino rostro, y removiendo los obstáculos que se oponen al pleno advenimiento de su Reinado. Tan gran acontecimiento no puede producirse sin un prelude digno de él. Mas, ¿cómo hallar mejor prelude que la manifestación completa de todos los privilegios de María y, principalmente, de este privilegio incomparable que precedió a todos los demás, en el tiempo, y que ha sido como la

pedra angular del edificio magnífico de Gracia que Dios ha levantado en el alma de tan gloriosa Virgen: su Inmaculada Concepción?

Finalmente, para acabar de comprender las relaciones que existen entre este dogma de la Inmaculada y las esperanzas que la Iglesia ha puesto en su solemne definición, consideremos este dogma en sí mismo y veremos que si su definición debe ser para la sociedad señal de gran renovación, será al mismo tiempo el remedio indicado para curar los males que la aquejan.

Por esta definición dogmática propone la divina Providencia a la sociedad moderna una conciliación. Nuestro siglo es, ante todo, orgulloso. Sus conquistas sobre la materia, sus descubrimientos, los prodigios de su industria, lo han infatuado hasta el delirio. No puede hablársele de caída ni de corrupción original, de inclinaciones a combatir ni de sacrificios a realizar; se-

gún él, el mal no existe en los individuos, sino sólo en la mala organización de la sociedad, y su redención consistirá en renovarla, encontrando una organización en que todas las pasiones hallen su entera satisfacción.

Pues bien, al obligar a este siglo a celebrar como un privilegio incomparable la Concepción Inmaculada de María, la misericordiosa Providencia le ha obligado al mismo tiempo a reconocer la reprobación que pesa sobre toda nuestra estirpe. Equivale, pues, por parte de la Iglesia, a una solemne condenación de los errores modernos, y, por parte de la sociedad, a una solemne retractación; y la Iglesia nos proporciona, al mismo tiempo, el medio de salir del infortunio y de lavar nuestras manchas, al mostrarnos el Corazón de esta Madre Inmaculada como una fuente de pureza que anhela regenerar al mundo.



Con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra propia, declaramos, pronunciamos y definimos que:

La doctrina de que la Bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, y en previsión de los méritos del Salvador del género humano, Jesucristo, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original, ha sido revelada por Dios, y, por lo tanto, debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

(Bula «Ineffabilis Deus», de Pío IX. 8. dic. 1854.)



## MANDATO DE S. S. BENEDICTO XV, QUE TOMA POR NORMA «CRISTIANDAD»

«Además, que ni en libros, periódicos o discursos *ningún particular se irrogue, en la Iglesia, la condición de maestro*. Todos saben, ciertamente, a quién ha encomendado Dios dicho magisterio: a él solo le corresponderá el pleno derecho de hablar con libertad cuando quisiere; y es deber de los demás el escucharle con deferencia y prestar atención a cuanto dice.

Sin embargo, en modo alguno está prohibido a nadie, quedando a salvo la fe y la disciplina, sostener el pro y el contra, expresar y defender lo que opine, en aquellas cuestiones en las cuales la Santa Sede no haya emitido su dictamen. Pero que se procure alejar de tales disputas el apasionamiento del lenguaje. Fácilmente podría desprenderse de aquél grave detrimento para la caridad. En buen hora defienda cada uno libremente su parecer, pero con moderación; y absténgase, por sola esta causa, de acusar de sospechoso de la fe o de faltar a la disciplina a quienes sostengan opiniones contrarias a la suya propia.»

# El porqué de esta Revista

## La Providencia y la Sociedad

La idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una estrecha comunión con la Iglesia y con su Pontífice sucesor de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones, nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º UNA CONCEPCIÓN SOBRENATURAL DE LA VIDA ES NECESARIA PARA RESTABLECER EL ORDEN EN LA SOCIEDAD.

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modifi-

car las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella el plan de su Creador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la Gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra en la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobrenatural transforma íntimamente su naturaleza, un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que esta realidad transforme también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener la fe y vivir por su fe. Este vivir de la fe es la caridad.

Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El *naturalismo* en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que CRISTIANDAD viene a combatir.

UNA SUMA DE AFILIADOS A LA IGLESIA ES NECESARIA PARA RESTABLECER EL ORDEN ENTRE LAS SOCIEDADES.

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la Gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará, en el cielo, de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados, es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una consecuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente: la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente



una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone; la aceptación plena por parte de las naciones y Estados, en cuanto tales, de la Iglesia como *Madre*, es un Ideal tradicionalmente expresado por un nombre: CRISTIANDAD.

Este ideal ha sido vivido y realizado de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el Protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al Filosofismo, para desembocar en las Revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la Soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y de confusión en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el *liberalismo*, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo enemigo que CRISTIANDAD va a combatir.

#### Naturalismo y Liberalismo

Naturalismo y Liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. En todos los aspectos de prudencia o de equidad, merecen las mismas críticas que las mismas convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás, se originan de ellos, o son sus hijos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

El naturalismo y liberalismo tienen, en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el Naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

#### El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

Al amparo de estas concepciones, fué constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuíta francés Padre Enrique Ramière.

*Adveniat regnum tuum* es su aspiración central y su razón de ser.

Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero ¿es aventurado esperar, a modo de «añadidura», tam-

bién un Reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que llamamos corrientemente el «Reinado social de Jesucristo»?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: la *apostasía de las naciones*, vió en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la Tradición Cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Lourdes-le-Monial, los más serios motivos de esperanza.

Desde entonces, los Santos Pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces la devoción al Corazón de Cristo, que en Lourdes se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha conseguido adelantarose cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la Fiesta de Jesucristo Rey.

#### La Fiesta de Jesucristo Rey

Es importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de *amor*.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su Encíclica «*Miserentissimus*»: «Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el Universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey».

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento, y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón «en cuyo amor hemos creído»; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su Reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.

«...En mi aflicción, no sabía a quién dirigirme sino a Él, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: *Nada temas; Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse. Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.*»

(De la autobiografía de Santa Margarita María.)

# Hace ciento cincuenta años que murió, en el patíbulo, María Antonieta

El 5 de septiembre de 1793 marca otra efemérides trágica en la trágica historia de Francia. La Revolución, que ha segado la cabeza del Rey, pide nuevas víctimas. Es preciso organizar el terror. Darle forma jurídica, estable, permanente.

Sierck, uno de los oradores más miserables de aquel régimen satánico, da forma a la calumnia: los austríacos han sorprendido a una sección de republicanos y les han «mutilado cruelmente, arrancándoles la lengua, cortándoles las manos y los pies».

La burda patraña encuentra fácil eco en la hez corrompida del pueblo desbordado. El propio Robespierre ha dicho: «El tribunal revolucionario trabaja demasiado lentamente.»

Y es entonces cuando, a propuesta de Merlin de Douai, se modifica la Convención Nacional. Se divide en dos partes, y cada una de ellas se duplica. En lugar de dos secciones, tienen ahora cuatro: dos preparan los procesos, y dos juzgan; y entre ellas se permutan y cambian las causas para ir más de prisa. Ahora son dieciséis los jueces, sesenta los individuos de los jurados, cinco los sustitutos y ocho los escribanos. ¡Hay que escribir poco y ejecutar más!

La especie de la imaginaria barbarie austríaca tiene un bajo fin malvado: recordar que la reina, que la viuda de Luis Capeto es austríaca...

En efecto, María Antonieta de Austria-Lorena, viuda de Luis XVI, es de origen austríaco. Hija del Emperador de Alemania, Francisco I, y de María Teresa, ha nacido en Viena, el día de la conmemoración de los Fieles Difuntos: el 2 de noviembre de 1755. Los demoleedores de la Monarquía le han sacado, a modo de motes, dos nombres: «la austríaca» y «Madame Déficit».

¡La austríaca! Sí, ciertamente. María Antonieta es austríaca, pero sólo por su cuna. Con noble desinterés, se entrega en absoluto a su patria adoptiva. Y al darle un palacio la bienvenida en alemán, la nueva reina de Francia, entre altiva y digna, le responde:

— Hablad en francés, señor; a partir de hoy, no existe otra lengua para mí.

Y pone tal empeño en ello, que llega a olvidar el alemán.

Menos justificación tiene aún el otro mote, «Madame Déficit», por el cual se la hace responsable de la quiebra económica de Francia, a consecuencia del mal-estar financiero que sigue a la guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, por un fenómeno de repercusión mundial.

Pero ya los dos motes son populares, y «la austríaca» y «Madame Déficit», en plena catástrofe económica y después de los imaginarios crímenes de los austríacos, debe seguir la suerte de su esposo. Y su bella cabellera dorada, flor y adorno un día de los jardines de Versalles, debe caer envuelta en hilos de sangre para oprobio y vergüenza y confusión de aquella

revolución diabólica, madre de todas las revoluciones modernas.

Mas el pomposo Tribunal Popular no encuentra, en verdad, en la egregia detenida, un crimen capaz de justificar la pena de muerte. Quieren rodear al proceso de apariencias jurídicas, espectaculares; de razonamientos justificados, de argumentos irrefutables. ¡Vano empeño!

Amar, antiguo y hábil abogado del Parlamento de Grenoble y, más tarde, sanguinario diputado de la Convención por el departamento de Isère, y uno de los más influyentes en la muerte de Luis XVI, es el encargado de acusar a María Antonieta, ya que el nefasto Fouquier - Tinville pide, con urgencia apremiante, piezas de cargo.

Pero el hábil y sanguinario Amar fracasa ante la estupenda serenidad de la reina. Bella, rígida, con soberbio empaque, María Antonieta responde, sin vacilar, a las más difíciles e intrincadas preguntas.

Amar intenta arrancar a la reina una confesión de simpatía por el extranjero. Y así, con aviesa intención, inquiere:

— ¿Os alegráis de nuestras victorias?

— Me alegro de los éxitos de la nación de mi hijo; cuando una es madre, esto se comprende.

— ¿A qué nación pertenece vuestro hijo?

— ¿Podéis dudar de él? ¡Es francés!

Amar se desconcierta ante la entereza suprema de la Reina. Pero insiste en una pregunta que él cree decisiva:

— Como quiera que ahora vuestro hijo es una simple persona particular, ¿dejaréis con esto vuestra renuncia a todos los privilegios que, en otro tiempo, concedía el vano título de rey?

— Para nosotros nada hay más hermoso que la felicidad de los franceses.

— Así, pues, ¿os alegráis de veras de que no haya rey ni reina?

— No anhelamos otra cosa sino que Francia sea grande y feliz...

Así responde María Antonieta. Así, serena y mag-

**La evolución  
en la Historia**

•  
**Evolución y  
Revolución**

•  
**¡La Historia  
no se repite!**

•  
**A los 150 años de la  
Revolución Francesa**

•  
**¿Dolores de muerte  
o dolores de parto?**

•  
**La conmoción es-  
pañola ante la Re-  
volución Francesa**

•  
**Cómo ven la sociedad  
moderna los Papas de  
los últimos cien años**

nífica, majestuosa y sublime, desconcierta al acusador, que intenta, con sus últimas preguntas, envolver a la víctima:

— ¿Consideráis como enemigos vuestros a aquellos que hacen la guerra a Francia?

— ¡Considero como enemigos míos a todos los que hacen injusticia a mis hijos!

— Así, pues, ¿tenéis también por vuestros enemigos a los que han quitado a vuestros hijos la dignidad real?

Aquí, María Antonieta se detiene. Medita un momento. Amar, el acusador, tiembla de gozo frenético, creyendo haber desconcertado a la Reina. Esta, al fin, responde, suave y dulce:

— Si Francia es feliz con un rey, deseo que lo sea mi hijo; si ha de ser feliz sin rey, quiero compartir con ella esta felicidad.

Amar ha sido derrotado. Mas la Revolución no se resigna. La Revolución no descansa. La Revolución, verdaderamente satánica, sin justificación humana, no vacila.

•  
**La dignidad del vencido**

•  
**La reaparición de la Esclavitud en la edad moderna**

•  
**Las grandes rivalidades políticas del siglo XIX**

•  
**El reinado social de Satanás, o la apostasía de las naciones**

•  
**Pelagianismo social**

•  
**Napoleón y el Imperio Romano**

•  
**El despotismo cesáreo, herencia del paganismo**

hijo de Luis XVI y de María Antonieta, ya legítimo Rey de Francia, logre que ese hijo acuse a su madre de los crímenes más vergonzosos, de los martirios más cruentos, de las aberraciones más infamantes.

Sólo Satanás podía inspirar calumnia tan espantosa.

Y Simón, el brutal Simón, martiriza al tierno niño:

— Ahora, pequeño Capeto, grita conmigo: «¡Viva la República!»

— ¡Jamás!

— Si no lo haces, te mato.

— Podéis hacer lo que queráis. ¡Jamás gritaré eso!

Y así, en sus tenebrosos antros va fraguando el crimen. El 3 de octubre de 1793, Billaud-Varenes, otro demagogo, exige:

— Una mujer, oprobio de la Humanidad y de su sexo, la viuda de Capeto, ha de expiar finalmente sus crímenes en el cadalso... Exijo que el Tribunal revolucionario resuelva esta misma semana sobre su suerte.

Todo apremia. Y no se encuentra de qué acusar a María Antonieta. Y entonces...

Vergüenza da evocar-lo. Ira produce el reconstruirlo. Entonces, la Revolución Francesa, criminal y sangrienta, encuentra una salida: que el brutal Simón, antiguo zapatero, deshonor y trístima excepción entre los de su oficio; que el infame Simón, encargado de embotar con sus martirios los sentidos del

Simón le coge por los cabellos. Le arrastra por el suelo. Le grita:

— Di: «¡Juro defender la Constitución! ¡La República es eterna!»

— Nada es eterno...

La ira del infame Simón explota en mil insultos soeces. Su mujer logra calmarle un momento. Luis XVII se ha arrojado sobre la cama, llorando. Creyendo que claudica, Simón le dice, suavemente:

— Tú mismo tienes la culpa de que te trate así: lo has merecido...

— Me he equivocado — rectifica el niño —. ¡Dios es eterno! Pero sólo El es eterno...

Simón se descompone nuevamente:

— ¡Canta esto!

Aquí una letra infame contra Austria. El niño replica, enérgico:

— ¡Jamás cantaré eso!

— ¡Te haré pedazos, si no lo cantas!

Y Simón le arroja unas tenazas. El niño baja la cabeza. De no hacerlo, hubiera muerto allí mismo.

La entereza del muchacho es admirable. Pero al fin, claudica. El bárbaro Simón le embriaga todos los días. Le fuerza a beber. Le rapa el pelo, cortando sus hermosos cabellos. Le pega. Le maltrata. Así, un día y otro. Las energías del niño se quebrantan. Sus fuerzas físicas se agotan. Su salud se hunde. Su clara y despierta inteligencia se enturbia y se embota.

Así se llega al 14 de octubre de 1793. ¡La vista del proceso de la Reina ante la Convención Nacional! La multitud se apretuja para verla, para oírla...

Avanza María Antonieta. Todavía es bello su rostro triste, pero ya no tiene los cabellos dorados ni en su tez de nácar apunta la sonrisa alegre de las fiestas mundanas de Versalles... Pero, con todo, está más hermosa en su desgracia, porque resplandece más limpia su conciencia, antes perturbada, si no abiertamente por las lacras del pecado, sí oscurecida por las manchas de su frivolidad. Ahora, no. Su pálido semblante aparece enmarcado por sus cabellos sueltos, en bucles nevados. Ha envejecido en unos meses. Viste con elegancia, dentro de su actual pobreza. Camina lenta y firme, y no muestra ni una altivez soberbia ni menos una actitud humilde. No refleja un desdén provocativo ni un terror justificado. Es la estampa viva de una dignidad verdaderamente regia.

La reina contempla un momento el Tribunal que va a juzgarla. Fouquier-Tinville, el acusador; Fabricius, el escribano; Herman, Coffinhal, Maire, Donzé-Vertevil y Deliége, los jueces. Y el jurado. Representación auténtica del pueblo: entre otros, Renaudin, fabricante de violines; Souberbielle, cirujano; Chrétien, vendedor de limonadas; Ganney, fabricante de pelucas; Trinchará, ebanista; Nicolás, impresor; Sambat, pintor; Daron, sombrerero; Devèze, carpintero... Pero estos hombres habían sido cuidadosamente elegidos. Al ver sus rostros patibularios, María Antonieta no duda un momento de la suerte que la espera...

•  
**La reforma, la democracia liberal y los imperios protestantes**

•  
**Poetas románticos y conspiradores políticos**

Declara su edad, su estado, su profesión. A todo responde María Antonieta. Y aguanta. Aguanta, firme, la acusación del primer testigo en contra, Laurent Le-cointre, vendedor de paños, que se había enriquecido en la Corte.

Desfilan los tres primeros testigos, que nada prueban y a los que desconcierta la serenidad magnífica de

---

### «Corazón de Jesús, corazón de Marat»

---

la Reina. El cuarto testigo es más grave. Es Hebert, el infame Hebert, que asegura haber hallado, en el Temple, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que escondía María Antonieta, la madre desnaturalizada — dice — que inducía a su hijo Luis a la liviandad, «con el designio de enervarle y dominarle un día, si llegaba al trono».

— Desde que el niño está alejado de su madre, gana nuevas fuerzas y crece...

María Antonieta ha sentido que la ira asomaba a

---

### ¿Mesianismo comunista o judaico?

---

sus maravillosos ojos, empañados de lágrimas. Sus manos menudas se han crispado nerviosas. Pero aun tiene fuerzas para replicar a la primera parte de la acusación de Hebert:

— El Corazón de Jesús fué regalado a mi hijo por su hermano... De las demás cosas, nada sé.

Mas ¿y la terrible acusación de los malos tratos a su hijo? Su pobre hijo está allí, embotados sus sentidos, ebrio, flaco, roto, acusando a su madre. Allí está...

---

### La carta masónica de Colonia (1537)

---

— ¿Cómo rebatir esto?

María Antonieta recibe la pregunta como la más tremenda afrenta. Se decide. Y enérgica, con voz fuerte, magnífica, clama:

— Si no he contestado a Hebert, es porque la Naturaleza rehúsa entrar en una inculpación semejante, dirigida contra una madre. ¡Apelo a todas las madres aquí presentes!

Es algo tan directo, tan humano y tan digno, que la plebe guarda un impresionante silencio. Y luego, de pronto, de súbito, sin ponerse nadie de acuerdo, por un espontáneo y sincero imperativo de justicia, las manos se juntan para aprobar las palabras de la mujer que, por encima de reina, es, ya solamente, madre.

— ¡Este majadero de Hebert...! — gruñe Robespierre, que teme por el fracaso del proceso.

Y en verdad que el proceso fracasa. De nada puede acusarse a María Antonieta, que merezca la pena de muerte. Y sin embargo, bajo el signo de la Igualdad, de la Libertad y de la Fraternidad de la República Francesa, María Antonieta, «la austríaca», «Madame Dédicit», cae, segada su cabeza por la guillotina.

Es el 16 de octubre de 1793. Hace ahora ciento cincuenta años. En una carreta, la Reina es conducida al patíbulo. Camina digna a la muerte, y sólo sus ojos se fijan con angustia, durante el trayecto, en los balcones cerrados de las casas. Por fin uno se abre. Un sacerdote se divisa en él. Y una pálida mano se alza en el signo redentor, valiente, de la cruz de la absolución.

Se transfigura el rostro de la Reina. Era aquello lo

---

### Berdiaeff y Enrique Ramière

---

único que le faltaba. ¡La absolución! Ahora su fe es viva. Su fe la conforta y la alienta. Es aquél a modo de Viático espiritual para el largo camino del que no se regresa nunca...

Al subir al patíbulo, pisa al verdugo.

— Perdonad, señor — le dice con naturalidad simpática —. Os ofrezco mis excusas... No lo he hecho expresamente...

Reza unos instantes. Luego exclama:

---

### Las dos espadas

---

— ¡Adiós, una vez más, hijos míos! ¡Voy a reunirme con vuestro padre!

Y ya, dirigiéndose al verdugo, sus últimas palabras:

— ¡Acabad presto!

Y cae su cabeza. Cae su cabeza, rúbrica exacta de la Revolución completa.

— ¡Viva la República!

No le dan un sepulcro. Le dan tierra en la del cementerio de Santa Magdalena. Una caja simple para encerrar su cadáver. Se conserva aún la cuenta: «Siete francos por el féretro de la viuda Capeto».

Así sella sus crímenes la Revolución nacional de

---

### Al comenzar el segundo milenio: Caminos de la Nueva Cristiandad

---

Francia. Revolución que, por su maldad inconcebible, supera a la maldad nueva, hija de la lucha de clases, de las miserias del pueblo, de los despotismos de los reyes, del caos mundial. Aquello es más. Mucho más. Es un crimen que no tiene excusa.

*Antonio Pérez de Olaguer*



## I. LA CULTURA

## Hablemos del cine

Que el cine es hoy — mejor, hace ya varios lustros —, más que un simple espectáculo, un hecho de alcance social indiscutible, es una verdad que no precisa, casi, demostración. Las multitudes han hecho de él su diversión imprescindible y favorita, a lo que ha ayudado no poco su creciente difusión y su asequibilidad por parte de las más modestas posibilidades económicas.

Pero, de un modo fehaciente, en la juventud, ha rebasado los estrictos límites del mero esparcimiento, para convertirse en morbosa obsesión, en foco poderosísimo de influencia

## El sentimiento estético en la sociedad cristiana

que, creando toda una moral — mejor, relajando la moral cristiana hasta reemplazarla por una funestísima amoralidad —, se ha filtrado en las costumbres, en la familia, en el individuo, transformando y haciéndose suyas las conciencias, los hábitos y usos sociales, y hasta las ideologías y los sentimientos de una generación, no sin dejar de alcanzar, asimismo, a gran parte de la precedente.

Este hecho, al que sólo escapan los círculos y medios de muy sólida formación católica, cabe achacarlo, con triste y absoluto derecho de primacía, al auge del cine norteamericano producido desde los años 1920 a 1932, año más, año menos.

El cine norteamericano — y en otra oportunidad precisaremos el porqué de esta concreción — *ha revolucionado*

## El público deporte en la sociedad cristiana

*nuestras costumbres, ha amoralizado y, por tanto, descristianizado a toda una generación.* Hablo aquí de España, de las grandes poblaciones españolas, y en proporción de la mayor o menor difusión que haya logrado en ellas el espectáculo cinematográfico.

Pero, antes de seguir adelante, hemos de proclamar esto: no somos enemigos del cinema en sí, como no podemos serlo de cualquier invento humano por sí mismo, sino de sus equivocadas o funestas utilizaciones.

No. El cine, invento cuya trascendencia jamás pudo sospecharse por sus creadores, si bien ha producido y produce

## El deporte griego. El deporte moderno. El deporte cristiano

incontables y profundos daños en la moral pública — daños de difícil reparación —, es un arma de tan formidables y directos efectos sobre los pueblos, que encogerse de hombros, cerrar los ojos ante su pujante existencia, es insensato, es suicida, es, por tanto, casi delictuoso. Y combatir por su total abolición o por el apartamiento de las masas, es, en principio, inútil, si no es contraproducente.

En conclusión, pues: el cine, admitido su indiscutible arraigo en la sociedad de nuestro tiempo, no debe ser me-

## La moda en la novela: lo voluminoso falto de interés y estrambótico, en boga

nospreciado, ni atacado con otras armas que las que él mismo nos ofrece. Es decir — *similia similibus curantur* —, combatir los peligros del cine con el propio cine. Mas no con aplicación homeopática del vehículo convertido en elemento corruptor, sino con la misma amplitud y fuerza que éste emplea para sus fines, pero con opuesta intención y más elevados objetivos.

Y por si algún espíritu escrupuloso o timorato no creyera en la eficacia de ese remedio — sin duda torpemente expuesto por nuestra inhábil pluma —, vamos a aducir altísimas razones e irrecusables testimonios en favor de esa intervención activa en pro de la dignificación del cine. Tales

## ¿Dónde se ha refugiado el gusto?

son las palabras de S. S. el Papa Pío XI, de cuya Carta-Encíclica sobre el cinematógrafo entresacamos los siguientes párrafos:

«Es muy de desear que los católicos organizados se ocupen con interés del cine... Importa, al mismo tiempo, que los periódicos católicos tengan todos una sección cinematográfica para ensalzar las buenas películas y censurar las malas.»

«... Las buenas representaciones, en cambio, pueden ejercer una influencia profundamente moralizadora sobre aquellos que las ven. Además de recrear, pueden suscitar nobles idea-

## La alegría cristiana

les de vida, difundir preciosas nociones, aumentar los conocimientos de la Historia y de las bellezas del país propio o del ajeno; crear o, por lo menos, favorecer una comprensión entre las naciones y las clases sociales y las razas, promover la causa de la justicia, excitar a la virtud y contribuir con ayuda positiva al mejoramiento moral y material del Mundo.»

He aquí, pues, proclamadas por augusta voz, las grandes prerrogativas, las nobles posibilidades del cine: todo un programa de vastísimas resonancias espirituales, sociales y aun políticas. ¿No merecen tales palabras nuestra meditación?

Ahora bien: dentro de la gravedad y pertinacia del mal que tratamos de combatir, tenemos una ventaja nada desdeñable en la lucha: el cine norteamericano — el de mayor difusión y aceptación en nuestra Patria — no es, moralmente

## La voluntad de ligereza: André Maurois

hablando, el de hace quince años. A raíz del cariz bochornoso que la inmoralidad de la pantalla cobraba en los Estados Unidos, personalidades de todas las confesiones religiosas radicadas en Norteamérica — católicos, protestantes (en sus diversas sectas), e incluso israelitas o judíos —, levantaron su justa y airada protesta ante aquel estado de cosas, y exigieron de los grandes magnates del cine una inapelable y urgente rectificación. Fruto de ella fué la indudable moderación observada en el cine procedente de Hollywood a partir de los años 1934 y 35, época en que se editaron cintas como «David Copperfield», «Las cuatro hermanitas», «¿Qué vale

## La Filosofía, la Ciencia y el Arte como elementos perfectivos de la Sociedad Cristiana

el dinero?», «Champ» y otras de apreciable limpieza de fondo y forma, limpieza que alcanzaba, en mayor o menor grado, a toda la producción yanqui, en general.

Pero no podemos echar al vuelo las campanas de nuestro optimismo y de nuestra satisfacción, concretamente ante el cine de procedencia norteamericana. Cuando en otra ocasión examinemos las características de las distintas cinematografías mundiales, ampliaremos esta afirmación: el cine ame-

## Orígenes de la ciencia moderna

ricano sigue siendo peligroso, más que por la crudeza de sus temas — aunque no faltan en sus producciones —, por algo más profundo, si cabe, y sutil: por su terrible ligereza, por

su amoralidad, por el concepto materialista de la vida — huérfano de todo ideal superior relacionado con el fin y destino del hombre — que en dicho cine impera, y que logra o ha logrado crear en las masas incultas y de nula o débil formación católica, un estado de conciencia y un credo de vida práctica de un positivismo desolador. En una palabra: *la acción de-*

### La síntesis tomista y la experimentación moderna

*moledora, aunque lenta, del cine yanqui, reside principalmente en su venenosa, halagadora y funestísima frivolidad.*

Ahora bien: ¿se ha pensado lo bastante en lo que significaría para el apostolado cristiano, para la propaganda católica, para la reeducación y formación de la conciencia colectiva, el arma poderosísima del cine? No para editar, inicialmente, films significadamente religiosos, sobre vidas de Santos o de Papas, o sobre la Pasión del Señor — aunque este último tema posee factores emotivos y de espectacularidad bastantes para atraer, incluso, a públicos indiferentes en religión —; sino, más bien — hasta llegar más tarde a aquellas realizaciones —, cultivando asuntos de interés general y aparentemente intrascendentes, pero en los que la

### El ideal de León XIII y la cristianización de la ciencia

trama llevara consigo, en su fondo, una idea motriz, un pensamiento rector, de orden profundamente cristiano, claramente revelado en lo que podríamos llamar moraleja o consecuencia final de la anécdota urdida. Algo, en fin, como lo que, con la novela, hiciera el ilustre jesuita y académico P. Coloma, que, a través de una serie de narraciones, algunas de ellas situadas en ambientes mundanos y aun corrompidos, logró que muchos lectores que nunca hubieran digerido una obra abiertamente apologética, se interesaran y asimilaran, de paso, las saludables enseñanzas que en aquellas páginas vertiera su apostólico autor.

Claro está que nuestra ambición y nuestro plan, el propósito orientador y de siembra de ideas que CRISTIANDAD persigue, ha de tender, por encima de todo, a otra solución,

### Leyes estadísticas y leyes dinámicas

a otra salida: a atajar el mal en su raíz. Es decir, a *formar las conciencias y los entendimientos en la primacía de la vida espiritual y moral, bajo la soberanía de Jesucristo Rey*. Porque, una vez lograda esa formación, las masas ganadas a la vida auténticamente católica hallarían en su interior dictado propio — emanado de una superior ordenación racional de su destino, y del conocimiento de los riesgos que de aquél pudieran apartarlas —, hallarían, decimos, el mejor remedio, absteniéndose, por tanto, de todo esparcimiento reñido con la sana, rectilínea, invariable moral única: la que, nacida del Cristianismo, nos es enseñada y predicada por la Santa Madre Iglesia Católica, en maternal e infalible magisterio.

Ernesto Foyé

## II. LA VIDA

### Comentario internacional

#### La Ciudad del Vaticano, bombardeada

«Oremus. Pro Pontífice nostro Pio.

»Dominus conservet eum et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in manus inimicorum ejus.»

El día 5 de noviembre fueron arrojadas, por un avión, varias bombas sobre la Ciudad del Vaticano, centro espiritual del mundo y residencia del Vicario de Jesucristo. El hecho, que reviste todas las características de un crimen y de una cobardía, en el sentido más amplio de estas palabras, causó entre los católicos de todas las naciones una dolorosa y profunda impresión, que se tradujo en la más viva protesta por el vandálico hecho, al mismo tiempo que de todos los corazones se elevaron plegarias fervorosas a Dios nuestro Señor, para que guarde la vida de nuestro Beatísimo Padre y lo libre de las acechanzas de los hombres malvados.

La mente sacrilega que ideó tamaña «proeza» pretende salvaguardarse en el anónimo, para escapar al severo juicio de la humanidad. No podemos creer, sin embargo, que el horrendo delito pueda esfumarse en el olvido. Las bombas, que causaron destrozos en el Palacio del Gobernador, estación de radio e incluso en varios ventanales de la Basílica de San Pedro, iban, ciertamente, dirigidas contra la Sede Apostólica, y no es temerario pensar que apuntaban directamente contra la augusta persona el Soberano Pontífice; todas las bombas cayeron en el recinto del Vaticano, y, ni en sus alrededores, ni en el resto de la Ciudad Eterna, hizo explosión

bomba alguna. Tal acción cubrirá de oprobio y negrura esta página de la historia de nuestro siglo.

Pocos datos se poseen para poder precisar con toda exactitud la nación que se ha hecho responsable de tamaño desafuero. Sin embargo, se conocen detalles y se han dado algunas noticias que, para su mayor entendimiento, podemos englobar en tres apartados: 1.º El aparato incursionista era, según los alemanes, aliado: Radio Londres concretó que se trataba de un avión inglés y que las bombas lanzadas eran también de fabricación inglesa, si bien negaba que el hecho fuera llevado a cabo por aviadores aliados. 2.º La Wilhelmstrasse y el Alto Mando alemán declararon oficialmente que el bombardeo fué efectuado por la aviación enemiga. 3.º El Mando Aliado de la aviación del Africa del Norte, publicó un comunicado negando que aviones dependientes de su mando hubiesen efectuado tal operación; pero, hasta ahora, ni el Gobierno británico, ni los mandos supremos de las aviaciones inglesa y norteamericana que operan desde las distintas bases europeas, han hecho ninguna declaración oficial; por lo menos no tenemos conocimiento de ello. Tampoco hay que olvidar, como alguien ha dicho, que cierta «potencia mastodóntica» se sirve de aparatos de fabricación inglesa, y cuenta con alguna base en territorio de la antigua Yugoslavia...

El anonimato del autor no hace menos deplorable el hecho, hijo de un verdadero espíritu de blasfemia.

Protestamos con la mayor energía de este atentado, al mismo tiempo que, considerando las lúgubres y dolorosísimas consecuencias que pudiese haber tenido para la sagrada persona de Su Santidad, damos gracias al Altísimo por su soberana protección, y juntamos nuestras oraciones a las de la Cristiandad entera para que Dios proteja la vida de nuestro Supremo Padre y Pastor.

## La suerte de Europa, a través de la conferencia de Moscú

**«...Por la primera vez en la Historia asistimos a una lucha friamente calculada y cuidadosamente preparada «contra todo lo que es divino». El comunismo es «por su naturaleza», antirreligioso... Son muy pocos los que han podido penetrar la verdadera naturaleza del comunismo; los más, en cambio, ceden a la tentación, hábilmente presentada bajo las promesas más deslumbradoras.»**

(Pío XI. «Divini Redemptoris». 19-III-1937.)

Las conversaciones de Moscú entre los delegados soviéticos, ingleses y norteamericanos, que terminaron el día 1 de noviembre con la publicación de dos comunicados, uno de los cuales llevaba también la firma del representante de la China de Chung-King, tiene indudablemente una importancia excepcional, ya que nos dan la clave, a través de las conclusiones divulgadas, de la posición que adoptarían los EE. UU. de Norteamérica y la Gran Bretaña, frente a la Rusia bolchevique, en el caso de que la victoria se decidiese por los países aliados. Y es tanta la trascendencia que asignamos a dichas conversaciones, que no creemos que la conferencia de Teherán, recientemente celebrada, sea más que un simple corolario de los acuerdos convenidos en Moscú.

Analicemos los pactos que vieron la luz pública en la capital moscovita. El comunicado firmado por las cuatro potencias, constituido por siete apartados y precedido de un corto preámbulo justificativo, declara en síntesis que la unión actual entre los Estados signatarios, se continuará después de la guerra para la organización y mantenimiento de la paz y de la seguridad, consultándose entre sí, y, cuando la ocasión lo requiera, con las otras potencias aliadas, y *reservándose la facultad de intervenir militarmente dentro de los territorios de otros Estados, previa consulta*. La trascendencia de los extremos apuntados salta inmediatamente a la vista; las cuatro potencias se reservan el supremo derecho de organizar la paz, prescindiendo incluso de los otros Estados aliados, con los cuales se consultará al libre criterio de aquéllas. Es decir, mediante esta fórmula queda totalmente destruido el viejo postulado de bandera: «libertad e igualdad entre todas las naciones», que reiteradamente ha pretendido mantener la propaganda aliada. Se acepta ahora, inesperado retroceso a la «Santa» alianza, que cualquier Estado podrá ser ocupado o mediatizado por el ejército de una de las naciones firmantes del convenio de Moscú. Todo ello es gravísimo. Rusia tiene, en caso de una victoria aliada, las manos libres para ocupar militarmente cualquier nación que se le resista; no de otra forma obró ya, antes de su actual lucha con Alemania, en los Países Bálticos, en la Polonia Oriental y en la Besarabia, aun cuando entonces provocó su actitud la más viva censura por parte de los que hoy día son sus amigos. Poca importan-

cia tiene ya que reclame, desde ahora, la anexión de países, como han divulgado emisoras aliadas, pues en caso de salir victoriosa de la actual conflagración, le queda vía libre para la consecución de sus ambiciones. Más significativa sería la pretendida petición de bases en varios mares europeos.

El otro comunicado precisa que Rusia, Norteamérica y Gran Bretaña integrarán, exclusivamente, una Comisión consultiva europea, en cuyo seno se discutirá y señalará el porvenir del viejo Mundo, lo que viene a significar prácticamente que *los dirigentes comunistas podrán intervenir por medio de aquel organismo en la vida interior de todos los países de Europa*. Evidentemente, los soviets han hallado con dicha Comisión un substitutivo de la III Internacional, mucho más eficaz que ésta, ya que su actuación quedará, a lo menos en teoría, respaldada por las dos más grandes potencias capitalistas.

El triunfo del gobierno rojo ha sido completo. La Carta del Atlántico quedó sepultada en el fondo de los mares al hundirse el «Príncipe de Gales», a bordo del cual se había redactado, y si alguna vida le quedaba aún, fué cortada de raíz el día 5 de noviembre en la Cámara de Representantes de los EE. UU., al rechazarse por 70 votos contra 15 una proposición solicitando que el concepto de la «paz futura» se estableciese con arreglo al contenido de aquella famosa Carta. O sea, que los autores del histórico documento han renunciado paladinamente al mismo para atraerse la ayuda de la horda revolucionaria. Ojalá no tengamos que deplorarlo.

Las consecuencias de los acuerdos de Moscú han empezado a manifestarse. Por de pronto, parece descartada la posibilidad de un armisticio germano-ruso, que ha venido rechazando Berlín. En segundo lugar, los focos de propaganda comunista establecidos en El Cairo y, principalmente, en Argel, cuentan con una protección casi oficial al concederse a los soviets el derecho de intervenir en la zona mediterránea. El partido comunista del Africa francesa desenvuelve una actividad portentosa, reclutando gran número de adeptos, provocando manifestaciones públicas y realizando una campaña a fondo para la eliminación de los militares y civiles que sirvieron un día al gobierno de Vichy. Giraud ha sido una de sus víctimas.

La claudicación frente a los soviets ha dado al comunismo nuevos arrestos.

Frente a este caos internacional, ¿quién dudará en proclamar que sólo la doctrina de la Iglesia otorgará a todos los países la paz y seguridad auténticas? Despreciando las enseñanzas del Vicario de Jesucristo, ¿pueden darse los frutos de verdad, de justicia y de caridad que según palabras del Papa Pío XII, felizmente reinante, han de ser base de la paz del Mundo?

*José-Oriol Cuffi*

**El mundo avanza hacia una gran unidad (De Maistre)**

**El problema judío en la epístola a los romanos**

**El sentido social e histórico de la devoción al Corazón de Cristo**

**La paciencia del Papa**

**«No pasará nada»**

**El nordismo sublevado contra el plan de Jesucristo**

**La sociedad cristiana y el neopaganismo**

**La ley del péndulo**

**La evangelización de las clases obreras**

**El fin de las Misiones**

